

EL GOLPE GORILA



**FRAN
LAVIADA**

Título original de la obra: *El golpe gorila*

Nombre del autor: Fran Laviada

© 2020 Francisco Álvarez Arias.

Todos los derechos reservados.

www.franlaviada.com

franlaviada@hotmail.com

Oviedo (España).

Portada: Diseño del autor.

Imágen: Pixabay.

1ª edición: junio 2020

Obra registrada en Safe Creative (1802145781504)

El copyright es propiedad exclusiva del autor y por lo tanto no se permite su reproducción, copiado ni distribución, ya sea con fines comerciales o sin ánimo de lucro.

*Nadie está exento. La guerra ha llegado y se ha
llevado a todo el mundo por delante.*

(«Por quién doblan las campanas»)

Ernest Hemingway

*Fue en España donde mi generación aprendió que
uno puede tener razón y ser derrotado, que la
fuerza puede destruir el alma, y que a veces el
coraje no obtiene recompensa.*

(Relativo a la Guerra Civil Española)

Albert Camus

*La violencia y el dolor, se amalgaman con el
tiempo en una religión de supervivencias, en un
ritual de esperas donde entonan la misma
salmódica el que mata y el que muere, la víctima y
su verdugo; ya solo se habla la lengua de la
espada o el idioma de la herida.*

(«Los girasoles ciegos»)

Alberto Méndez

*Guerra de eficacia imbatible para alumbrar
sufrimiento.*

Guerra terrible, con aroma de pólvora y muerte.

*Guerra sedienta de cadáveres y borracha de
sangre.*

*Guerra, matadero implacable de carne fresca e
inocente.*

Guerra convertida en orgía de dolor y lágrimas.

*Guerra, con ropa sucia y hedor a heces, sudor y
orina.*

Guerra que fusila, tortura y aniquila.

*Guerra de corazón incansable con latidos de
espanto.*

Capítulo 1: Manuel

Buenos Aires. República Argentina. Año 2000.

Me llamo Manuel Cabañas Montiel y nací en Madrid en 1920. Acabo de cumplir ochenta años, pero todavía conservo intactos en la memoria, unos recuerdos trágicos de mi adolescencia que sin duda alguna me marcaron para siempre.

Jamás podré olvidar todo lo que viví en aquella época de la Guerra Civil. Un conflicto bélico que enfrentó a unos españoles contra otros, a amigos contra amigos, a hermanos contra hermanos e incluso a padres contra hijos. Y después de que han pasado tantos años, es absurdo insistir en buscar culpables, creo que la Historia ya ha puesto en su sitio a los responsables directos del conflicto. Los de un lado y los de otro, por lo que es una pérdida de tiempo, seguir lanzándose acusaciones

entre las nuevas generaciones (herederos de los protagonistas, porque muchos, ya han fallecido desde que la guerra finalizó). Eso tan solo sirve, para que la basura de la vergüenza, siga inundando con el olor fétido de la maldad, un cielo patrio, que jamás debería volver a teñirse con el terrible color negro de un enfrentamiento fratricida. Así pues, espero que unos y otros, todos en definitiva, hayamos aprendido la lección de lo que sucedió, y por lo menos, que tanto derramamiento de sangre, no haya sido un enorme gesto inútil de dolor y muerte.

En un conflicto bélico no hay buenos ni malos, aunque las partes interesadas de uno y otro bando, quieran vender siempre sus argumentos como los únicos válidos.

La Guerra Civil no fue una película del *oeste*, en la que los justos eran los *vaqueros* y el papel de los

malvados correspondía a los *indios*. Eso fue lo que en un principio quisieron hacer creer a los ciudadanos, las crónicas oficiales de la época, la de los ganadores, que tan solo por el hecho de serlo, podían inventar la verdad a su antojo. De esa forma, se puede narrar lo acontecido en función de los propios intereses, imponiendo la poderosa ley del más fuerte, esa que siempre da la razón a los vencedores de cualquier conflicto aunque no la tengan.

La insobornable justicia de la Historia (de nuevo juez implacable), por suerte, tarde o temprano, pone a cada cual en el lugar que le corresponde sobre todo a los criminales, ya sean *azules*, *rojos*, o de cualquier otro color.

Al final, resultó que cuando gracias a la verdad (que tan solo tiene un camino), se ponen las cosas en su sitio, quedó demostrado que quienes fueron

ensalzados como auténticos héroes por sus correligionarios (de una y otra ideología), en muchos casos no lo habían sido. Más bien se podría decir, que se comportaron como todo lo contrario, sobremanera en hechos muy concretos que son de dominio público.

Algunos no se conformaron con realizar una exhibición profusa de su cobardía, también actuaron como unos auténticos criminales de guerra. Eso no fue impedimento para que recibieran todo tipo de condecoraciones, honores y ascensos, en especial los que eran militares, como pago a los excepcionales *servicios* prestados a la patria (esa que es de todos, aunque haya quienes la quieran tan solo para ellos, apoderándose del himno, de la bandera e incluso del nombre).

También hubo héroes auténticos durante la contienda, eso es de justicia reconocerlo (sin entrar

en detalles ajenos a este texto), ya que actos de valor y sacrificio por el prójimo, se dieron en uno y otro bando.

Por desgracia, también hubo por parte de ambas fuerzas enfrentadas, acciones lamentables en los que se puso de manifiesto la crueldad del ser humano en su máxima expresión.

Los conflictos bélicos siempre son un terreno propicio para que los bellacos campeen a sus anchas y la Guerra Civil Española no fue una excepción, aunque los canallas no merecen ningún recuerdo, ni tan siquiera para hablar mal de ellos.

Capítulo 2: 1936

En 1936, yo tenía nada más que dieciséis años y con esas *primaveras*, tan solo me preocupaban tres cosas, la primera, por encima de cualquier otra y con gran diferencia sobre el resto, eran las jovencitas de mi edad, y si aparecía alguna que fuera unos años mayor, también era digna de mi total atención. Aunque nada que ver con la libertad que hay ahora, y lo digo por mí nieto, que ha heredado mi gusto, quizá excesivo por el sexo femenino y no para el *tío* de *ligar*, la verdad es que, ¡el chico es un auténtico fenómeno!, reconozco que me cae la baba cuando me refiero a él. Después, estaba el cine, por eso, en cuanto disponía de algún dinero, siendo sincero, pocas veces (cuando era posible, suplía la falta de medios económicos con todo tipo de artimañas, que me permitían ver los filmes gratis, algo que se podría definir como *pillerías de adolescente*), iba a ver

una película, y entre algunas que me vienen ahora a la mente en las que fui un privilegiado espectador, recuerdo una en especial con la que me divertí tanto, que la vi en varias ocasiones, titulada *Una noche en la ópera*. Estaba protagonizada por los Hermanos Marx y fue dirigida por Sam Wood en 1935, aunque cuando yo la disfruté por primera vez, ya había estallado la guerra (se había estrenado unas semanas antes), por eso, al ser una comedia (con el humor tronchante, muy típico de los Marx), era un extraordinario antídoto (recuerdo la memorable escena del *camarote*, con la que me reí tanto, que incluso salí del cine con dolor de barriga) para olvidarse, aunque solo fuera por un corto periodo de tiempo, de la enorme tragedia que se estaba viviendo en España en aquellos momentos.

Y por último, siguiendo con mis aficiones, estaba el fútbol, siempre que era posible, ahí me

encontraba yo, *sudando como un pollo* y corriendo igual que un loco detrás de un objeto más o menos redondo, dándole patadas a algo que no se le podía considerar un balón, tal y como hoy lo conocemos, ya que era más bien una pelota de trapo. Nada que ver por supuesto, con lo que ahora tienen los niños a su disposición, es decir, el mejor material para practicar su deporte favorito. Lo malo, es que cuando se tiene de todo, al final no se valora nada, ¡y así de caprichosos, han salido muchos de ellos! La culpa sin embargo, no es de los pequeños, pues esa, pertenece por completo a sus padres, que se lo permiten todo. No obstante, soy consciente de que yo viví otros tiempos y la vida va cambiando, eso lo entiendo, ya que de lo contrario me quedaría siempre anclado en el pasado, y eso por supuesto, no me gustaría nada. El progreso manda y todo aquello que sirva para mejorar la existencia de los seres humanos, ¡bienvenido sea!, así que no quiero

convertirme en el clásico abuelo cascarrabias, que se queja por todo, aunque a veces eso, me resulta inevitable en un momento dado por cuestiones de edad. ¡En fin, *chocheos* que uno tiene!

Capítulo 3: El cine y yo

Siguiendo con mi afición al cine, los mencionados Hermanos Marx, formaban parte en aquella época del grupo selecto de mis actores favoritos, también había visto otras dos películas de ellos estrenadas en España antes de la Guerra Civil, creo recordar que fue entre los años 1932 y 1933. *El conflicto de los Marx y Pistoleros de agua dulce*. Para algunas cosas, y el cine es una de ellas, siempre he tenido muy buena memoria, pero en otras sin embargo, el implacable paso del tiempo, por desgracia, me ha erosionado el recuerdo y por eso hay momentos importantes de mi vida que se han borrado. Es más la sensación que tengo de haberlos vivido, que su reminiscencia real, pero así es la existencia de las personas. El cuerpo humano se desgasta hasta que se deteriora por completo, pero bueno, no quiero ponerme trágico en exceso, por lo tanto, procuraré seguir disfrutando de las cosas buenas que todavía

conservo en el almacén de mi memoria.

Además de los Marx, había un actor americano, que sin duda alguna era uno de mis preferidos, James Cagney, que se especializó en interpretar papeles de gánster y en general de *tipo duro*, y a mí desde luego me encantaba verle poner aquella cara chulesca y desafiante, de individuo *que no se arrugaba ante nada, ni frente a nadie*. A pesar de que por su tamaño no tenía una envergadura para intimidar al prójimo, aunque como se suele decir en estos casos, era *pequeño pero matón*. Yo que tampoco era muy alto para mi edad, quería imitarlo, ser como él, e ir de *hombre fuerte* por la vida, incluso a veces en mi ingenuidad infantil, me ponía en casa frente al espejo para ensayar los gestos que le veía representar a James Cagney en sus películas, con las que tanto disfruté. Recuerdo haber visto varias de ellas a lo largo de mi vida, pero hay una en especial que me impresionó la

primera vez que la vi (después de muchos años, la volvieron a poner unas cuantas veces por la pequeña pantalla, y ahí estaba yo, absorto mirando para el televisor viendo al *pequeño Cagney*), que se titulaba *El enemigo público*. Me temo que mi memoria cinematográfica, en estos momentos me falla un poco, ya que no recuerdo bien, si vi la película, antes o después de la guerra, aunque bueno, poco importa ese detalle, y una vez más me doy cuenta, de que se hace cierto el refrán que dice, *dime de lo que presumes y te diré de qué careces*, y es que, a pesar de la experiencia de los años, uno vuelve a tropezar muchas veces con la misma piedra. En la mencionada película, Cagney, como se suele decir, *se salía*, interpretando a un joven de los *bajos fondos* de Chicago durante la época de la famosa *Ley Seca*, y narraba su ascensión al poder en el mundo del crimen, dando vida a uno de los *villanos* más convincentes que se

recuerdan en la gran pantalla. En fin, ¡qué tiempos aquellos, en los que yo disfrutaba mientras daba rienda suelta a mi fantasía cuando iba al cine, y dejaba volar con toda libertad a mi imaginación! Con el paso de los años, todo va cambiando, aunque mi afición por el mundo del celuloide sigue todavía viva a pesar de mi edad, y veo siempre que puedo, películas por la televisión, además de mi cita semanal con el *séptimo arte*, que es de cumplimiento obligatorio, pues sin duda, el mejor lugar para disfrutar de una buena película, es una sala de cine. Sin embargo, he de reconocer que a veces, la comodidad me tienta a quedarme despatarrado en el confortable sillón del salón de mi casa, pero al final la devoción cinéfila me impulsa a cumplir con mi inalterable hábito cada siete días, más o menos, y en esto sin duda, ayuda mucho mi buen estado de salud que me permite salir de casa siempre que me apetece, aunque

resulta inevitable que aparezca en ocasiones, alguna pequeña avería, en forma de gripes o catarros. ¡Y la maldita ciática!, sobre todo, que me retiene en el hogar, más veces de las deseadas. Y siempre bajo la estricta vigilancia de mi señora (que me cuida muy bien, esa es la verdad, aunque a veces, me asfixia un poco, y que conste que lo digo con todo mi cariño hacia ella, que se ha desvivido por hacerme feliz desde que estamos juntos) ejerciendo de esposa militarizada en plan *sargento*. Es decir insobornable y rigurosa, y que me mantiene confinado en situación de régimen marcial que llevado a la práctica equivale a decir, sin posibilidad de escape. Y ahí recluido me quedo sin remedio, en el interior del domicilio conyugal convertido en prisión, aunque sería mejor llamarlo *mazmorra castrense* (me atrevo a decirlo, ahora que ella no está delante).

Capítulo 4: La patria

Y ya que antes he mencionado a mi nieto, he de decir, que para él, escribo este libro, y que cuando yo me haya ido, sepa de mi puño y letra como fue mi adolescencia y parte de mi juventud. Por desgracia, me tocó vivir unos tiempos convulsos en los que España, nada tenía que ver con el país que es ahora, aunque no es perfecto, ni mucho menos. Algo que no resulta para nada extraño, sobre todo porque a muchos, de uno y otro lado ideológico, se les olvidó lo que pasó y otros son víctimas de una poderosa y persistente ignorancia. Ese profundo desconocimiento (heredado o voluntario), hace que en el presente, se mantengan al margen de unos hechos lamentables que vivieron sus antepasados. Aunque ya se sabe, porque es muy conocido, aquello de que *los pueblos que se olvidan de su Historia, están*

condenados a repetirla, sobre todo en lo que hace referencia a los acontecimientos trágicos.

Las guerras tienen que servir como recuerdo imborrable, para que jamás vuelvan a suceder tragedias semejantes, y mucho menos entre ciudadanos de una misma nación, pero el ser humano nunca aprende a pesar de que el dolor golpee en el centro mismo de sus entrañas.

En mí país es algo lamentable, que sigan existiendo las dos *Españas*, a tenor de lo que vemos cada día, sobre todo en lo que hace referencia al mundo de la política, y ahí siguen unos y otros con sus consignas obsoletas más propias de la Edad de Piedra. Y cuando menciono a mi país, quiero decir, que sigo siendo español por los cuatro costados. Tampoco he renunciado a mi nacionalidad, aunque ya llevo muchos años viviendo en Argentina, una nación hermana, que

me recibió con la mayor hospitalidad posible y cuyas gentes, siempre se mostraron con los brazos abiertos para el refugiado español y me trataron con todo cariño. Justo es reconocerlo y mientras viva, estaré en deuda con los argentinos por su ayuda.

El agradecimiento, además de que hay motivos de sobra para ello, en mi caso, es innato, sin duda una herencia de mi querida madre, que siempre daba las gracias por todo, aunque fuera insignificante el detalle que cualquier persona hubiera tenido con ella.

Y volviendo al asunto de las dos *Españas* en una, seguimos escuchando, aunque mejor sería decir, padeciendo, esos agotadores y repetidos himnos (que torpedean sin piedad nuestros oídos), acompañados de unos gestos patéticos, más propios de otros tiempos salvajes, hoy por fortuna,

ya superados.

Y en cuanto a los gestos, me quiero referir a determinados aspavientos, pues no puedo llamarlos de otra forma, que van desde el saludo fascista con la palma de la mano elevada, o el puño en alto de los comunistas.

En fin, que respetando gustos, banderas y colores, en mi opinión, parece que para algunas cosas seguimos igual que en 1936. Y en España, está claro que, hemos de aprender a convivir en paz (yo hablo como si estuviera allí, y aunque me encuentro a miles de kilómetros, a nivel emocional, nunca me he ido) de una puñetera vez, respetando las ideas de unos y otros. Y para ello, sería muy importante ir dejando ya a un lado ese discurso tan agotador (repetido hasta la saciedad) de: *¡Y tú más!* O andaremos siempre a la greña.

Al final, todo pasa por ponerse de acuerdo, en

aquello que sea lo mejor para la prosperidad y el bienestar de la mayoría de los ciudadanos, dejando a un lado, los extremismos ideológicos que tanto daño causaron en el pasado. Y si no es así, tarde o temprano, corremos el riesgo de acabar de nuevo a *hostias*, que es lo que sucede cuando las personas no se entienden y actúan en plan *cavernícola* (algo muy típico de la *sangre caliente* hispana, que nos hace creer de forma equivocada, que la razón siempre está del lado del más fuerte o del que más grita) para dirimir sus discrepancias.

Y a propósito de lo que he dicho, quiero hacer mención a una estrofa de una inspirada canción del cantautor asturiano Víctor Manuel que dice lo siguiente: *¡Cuando hablen de la patria, no olviden que es mejor, sentirla a nuestro lado que ser su salvador, por repetir su nombre no te armas de razón, aquí cabemos todos, o no cabe ni Dios!* («Esto no es una canción»).

Estimado lector, te invito a visitar mi página web en la que podrás disfrutar con la lectura de una gran cantidad de pequeñas historias, relatos y poesía que va a su bola en verso y prosa, además de otros contenidos que quizá sean de tu agrado.

También puedes informarte sobre todos los libros que tengo publicados, con mis novelas y los próximos títulos que saldrán a la venta.

Si quieres ponerte en contacto conmigo estaré encantado de valorar tus opiniones y comentarios.

Recibe un cordial saludo y muchas gracias por leer mis libros.

Fran Laviada

www.franlaviada.com

franlaviada@hotmail.com

Si has disfrutado con la lectura de este libro te agradecemos que consideres la posibilidad de dar tu opinión al respecto en Redes Sociales y en todos aquellos espacios de Internet (blogs, webs, plataformas literarias...) a los que tengas acceso, lo que sin duda repercutirá de manera favorable en la promoción de la obra.

Y también estaremos encantados de recibir tu opinión en el apartado correspondiente de la página web del autor.



